

Nadie es profeta en su tierra (Domingo 4º del tiempo ordinario)

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: *Señor, me pongo en tus manos y me dispongo a escuchar tu Palabra. Envíame tu Espíritu Santo que me ilumine en esta lectura espiritual para que me haga descubrir lo que me quieres decir con este texto bíblico y pueda encontrar tu voluntad y vivirla con alegría. Amén.*

LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo. Dale tiempo al texto:

Lc 4,21-30

21 Y él comenzó a decirles: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír».

22 Y todos le expresaban su aprobación y se admiraban de las palabras de gracia que salían de su boca. Y decían: «¿No es este el hijo de José?».

23 Pero Jesús les dijo: «Sin duda me diréis aquel refrán: “Médico, cúrate a ti mismo”, haz también aquí, en tu pueblo, lo que hemos oído que has hecho en Cafarnaún».

24 Y añadió: «En verdad os digo que ningún profeta es aceptado en su pueblo.

25 Puedo aseguraros que en Israel había muchas viudas en los días de Elías, cuando estuvo cerrado el cielo tres años y seis meses y hubo una gran hambre en todo el país; 26 sin embargo, a ninguna de ellas fue enviado Elías sino a una viuda de Sarepta, en el territorio de Sidón.

27 Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, sin embargo, ninguno de ellos fue curado sino Naamán, el sirio».

28 Al oír esto, todos en la sinagoga se pusieron furiosos

29 y, levantándose, lo echaron fuera del pueblo y lo llevaron hasta un precipicio del monte sobre el que estaba edificado su pueblo, con intención de despeñarlo.

30 Pero Jesús se abrió paso entre ellos y seguía su camino.

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

El domingo IV del tiempo ordinario continúa el evangelio proclamado la pasada semana, revelando el modo como concluye la aparición de Jesús en la sinagoga de Nazaret. Jesús había proclamado a sus paisanos el pasaje de Is 61,1-2 y les había explicado con un escueto ***“hoy, se ha cumplido la Escritura que acabáis de oír”***, que en ese preciso momento ellos estaban experimentando el cumplimiento de aquella palabra de Dios: ante ellos Jesús se presenta como el que había sido colmado por Dios con su Espíritu, el que Dios había decidido enviarles para anunciarles el reino de Dios y un año de gracia del Señor.

Tres son las reacciones del auditorio: admiración, menosprecio y odio mortal. Al principio todos quedan maravillados de sus palabras, pero inmediatamente nacen las dudas, ya que ***“las palabras de gracia”*** pronunciadas por Jesús no encajan con la

experiencia que tienen de él. La pregunta retórica del auditorio **“¿no es éste el hijo de José?”** expresa la duda en él, pues el conocimiento previo que tienen de la vida humilde de Jesús les dificulta el creer la noticia que les ha comunicado **“hoy, se ha cumplido la Escritura que acabáis de oír”**. Esta duda campea sobre Jesús en todo el evangelio: **¿cómo puede ser el Mesías de Dios el que ha sido rechazado y crucificado?** La mayor inclinación de Dios hacia el hombre, la Encarnación del Hijo, se convierte en el mayor desafío, ya que no se acomoda a la imagen que los hombres tienen de Dios y de su manera de obrar. El auditorio que escucha a Jesús se encuentran ante una alternativa: o acogen al mensajero de Dios tal como es, cambiando así su imagen de Dios, o permanecen con su imagen de Dios, rechazando a su mensajero.

El discurso que sigue muestra el manifiesto rechazo de sus paisanos hacia Jesús. Los que le escuchan quieren que Jesús acompañe con obras sus palabras, no quieren escuchar sin más el anuncio del Enviado de Dios, sino que le ponen condiciones exigiéndole signos de confirmación. Jesús, ante esta pretensión, responde con el refrán **“ningún profeta es aceptado en su tierra”**. El rechazo no pone en entredicho su misión, sino que la confirma. Jesús habla entonces de Elías y de Eliseo, personajes considerados por el pueblo de Israel como grandes y auténticos profetas: lo que le ha ocurrido a Jesús ya le había sucedido a estos dos grandes profetas de Israel.

Aunque los dos son grandes profetas de Israel, Dios envió a Elías no a una viuda israelita, sino a una pagana, y Eliseo no curó a un leproso israelita, sino a Naamán el sirio. Con estos dos ejemplos Jesús expresa dos cosas: 1) no acepta exigencias de parte de nadie, ni siquiera de sus paisanos, sometiéndose sólo a Dios cumpliendo su obra tal y como le ordena. 2) Aunque Dios le haya enviado a Israel, el horizonte de su misión está abierto y no excluye a los paganos.

Los ejemplos mencionados se encuentran en el libro de los Reyes: el milagro de la harina y el aceite (1Re 17,7-16) y la curación de Naamán el sirio (2Re 5,1-14). En estos dos textos los profetas actúan a favor de dos paganos, que además de ser extranjeros, eran marginados de la sociedad: una viuda de Sarepta y un leproso sirio. Las viudas y los leprosos pertenecen al grupo de los pobres y oprimidos a los que está destinada la liberación de Jesús (Lc 4,18). La salvación no es exclusiva de Israel, sino que alcanza a los pueblos paganos. Jesús ha venido para liberar no solo a los de su pueblo, sino a todos aquellos que necesitan la salvación.

Los oyentes muestran de múltiples modos su radical rechazo de Jesús. Se ponen furiosos, empujan a Jesús fuera de la ciudad y quieren matarlo. Consideran que la aparición y las palabras de Jesús son tan falsas que sólo cabe una reacción justa: su muerte. Lo que aquí, en el inicio de su actividad pública, no pasa de ser un proyecto, se hará realidad al final de su vida pública.

Pero es sorprendente el comportamiento de Jesús: **“se abrió paso entre ellos y seguía su camino”** (Lc 4,30). Lucas no explica el modo en que Jesús consiguió liberarse de las manos de los adversarios, sino que prosiguió su camino. Nada ni nadie puede impedir a Jesús que recorra el camino que Dios ha establecido para él y que alcance la meta del mismo con su ascensión al cielo.

HABLA CON DIOS (REZA)

En la aparición de Jesús en Nazaret se delinea de manera programática toda la obra y todo el destino de Jesús. En el centro de su obra está el anuncio, la palabra. Sin posibilidad de poner ninguna condición a Jesús, se ha de reconocer el momento de gracia y creer en su palabra. Rechazando a Jesús en su propia ciudad, comienza el proceso de un rechazo que le llevará a la muerte de cruz. El rechazo va orientando hacia un Mesías que no emplea su poder para provocar una salvación terrena, sino que trae el mensaje sobre un Dios a quien podemos dirigirnos con plena confianza en cualquier situación de necesidad terrena y que nos ofrece la salvación completa. A pesar de todos los rechazos, Jesús alcanza su meta, que es también la nuestra. Por medio de ella podremos participar con Jesús de la vida de Dios.

Vuelve a leer el texto e imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

Padrenuestro, avemaría, gloria.

Lecturas del Domingo 4º del tiempo ordinario

Jr 1,4-5; 17-19

4 El Señor me dirigió la palabra: 5 —Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te constituí profeta de las naciones.

17 Pero tú cíñete los lomos: prepárate para decirles todo lo que yo te mande. No les tengas miedo, o seré yo quien te intimide. 18 Desde ahora te convierto en plaza fuerte, en columna de hierro y muralla de bronce, frente a todo el país: frente a los reyes y príncipes de Judá, frente a los sacerdotes y al pueblo de la tierra. 19 Lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte —oráculo del Señor—.

La primera lectura prepara la conclusión del episodio evangélico de hoy. El hecho de que no logren dar muerte a Jesús, sino que, pasando por en medio de ellos, prosiga su camino, corresponde a lo que Dios predecía a Jeremías. Este profeta fue enviado a Dios a proclamar mensajes inoportunos, llamadas a la conversión, contrarios a las ambiciones y los planes del rey de los notables del reino. Con todo, Dios exhorta a Jeremías a no tener miedo, sino hablar abiertamente, siguiendo su inspiración, y le promete su protección: "***lucharán contra ti, pero no te podrán, porque yo estoy contigo para librarte***".

Salmo 71(70) *Mi boca contará tu salvación, Señor*

A ti, Señor, me acojo: no quede yo derrotado para siempre. Tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo, inclina a mí tu oído y sálvame. R

Sé tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi peña y mi alcázar eres tú. Dios mío, líbrame de la mano perversa. R

Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías. R

Mi boca contará tu justicia, y todo el día tu salvación. Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas. R

Hermanos:

12³¹ Ambicionad los carismas mayores. Y aún os voy a mostrar un camino más excelente.

13¹ Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tengo amor, no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde. ² Si tuviera el don de profecía y conociera todos los secretos y todo el saber; si tuviera fe como para mover montañas, pero no tengo amor, no sería nada. ³ Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados; si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría. ⁴ El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; ⁵ no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; ⁶ no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. ⁷ Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. ⁸ El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará. ⁹ Porque conocemos imperfectamente e imperfectamente profetizamos; ¹⁰ mas, cuando venga lo perfecto, lo imperfecto se acabará. ¹¹ Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño. ¹² Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios. ¹³ En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor.